

## Opinión

## Desempleo juvenil: el problema



José Ignacio Wert

Con el desempleo juvenil sucede en el discurso público español lo que con algunos otros asuntos medulares: hay tanta coincidencia en su importancia como desinterés en la solución. Una especie de sombrío fatalismo aderezado con gotas de complacencia (ya saben: eso de la "generación mejor formada de la historia") dan forma a la narrativa lastimera que prevalece, como si ese desempleo fuera una de las plagas de Egipto y no, entre otras cosas, el resultado de los errores e insuficiencias de las políticas públicas.

El desempleo juvenil *sensu stricto* expresa la proporción de activos menores de 25 años que se encuentran en paro. En el conjunto de la UE, en marzo de este año esa proporción de desestacionalizada era del 17,2%, mientras en España era del 37,7%, es decir, más del doble. Aún así, por llamativo e inquietante que el dato estadístico sea, no recoge sino una parte del problema. Porque si tenemos presente que esa tasa de paro se calcula a partir de una tasa de actividad bastante más baja que la media europea, concretamente del 29,8%, vemos que la tasa de empleo (proporción de todos los jóvenes de 16 a 24 años que está trabajando) era apenas del 19,6% en el primer trimestre de este año.

Esto es bien conocido. Pero, a mi juicio, antes de empezar a hablar de soluciones hay que abrir el foco del diagnóstico, porque en España, por las razones que luego describiré, necesitamos incorporar a ese análisis lo que sucede inmediatamente más allá del límite de edad del desempleo juvenil, la relación con la ocupación del grupo etario siguiente (25 a 29 años). Desde este punto de vista, de acuerdo con los datos de la EPA, España presenta una tasa de empleo de menores de 30 años de apenas el 35,1%, una de las más bajas de la Unión Europea.

Que poco más de un tercio de las

personas en edad de trabajar menores de 30 años lo estén efectivamente haciendo es reflejo de una serie de fenómenos de signo distinto –no todos son negativos– que confluyen en esa situación. Una parte es consecuencia de la prolongada permanencia en el sistema educativo de una proporción cada vez mayor de jóvenes. Al comienzo de la edad legal para trabajar, 16 años, prácticamente todos, el 96%, siguen en el sistema educativo. A los 20 años, el 60% sigue estudiando e incluso a los 24 años hay todavía un 30% que está estudiando a tiempo completo. Es la explicación fundamental de que la tasa de actividad de 16 a 24 años sea sólo del 30%.

Obviamente, el problema no es la prolongada permanencia en el sistema educativo, sino que, pese a ella, la formación de capital humano adolece en España de serias deficiencias. La primera sigue siendo –pese a la reducción en los últimos años– un abandono educativo temprano muy alto, más de un 60% superior a la media de la UE. Esa carencia, además, viene de lejos y es un condicionante muy fuerte de nuestra fuerza de trabajo y nuestra productividad. El 32% de los activos tiene como máximo nivel de formación alcanzado el de la primera etapa de educación secundaria, un nivel claramente insuficiente para una integración laboral adecuada y una progresión razonable dentro de ella. Hemos convivido demasiados años con tasas de abandono del 30% y superiores, y esa cicatriz se muestra hoy en buena parte de nuestra fuerza laboral.

#### Desajuste

El segundo problema es el desajuste entre formación y oferta de trabajo. Es una cuestión multidimensional y muy compleja, cuyos principales ingredientes son la fragilidad de la formación profesional (FP), la falta de alineamiento entre la formación universitaria y lo que demanda el mercado de trabajo, y la endeblez del sistema de formación a lo largo de la vida para proporcionar las competencias y habilidades nuevas que los cambios

inducidos en el empleo por las megatendencias (básicamente, automatización y digitalización) están demandando. Esto nos conduce a un déficit de competencias relevantes, desajuste entre competencias adquiridas y competencias requeridas (*skills mismatch*) y las pérdidas de productividad que a ambas se asocian.

La paradoja está en que estos problemas se han ido acumulando a lo largo de unos años en los que la inversión educativa ha tenido el mayor crecimiento histórico. Ello se tradujo en un notable incremento de las tasas de escolarización temprana y una explosión del acceso a la enseñanza superior. Pero entre medias se produjo un efecto no querido de los cambios de arquitectura educativa, fundamentalmente de los que produjo la LOGSE en 1990; a saber, el virtual vaciamiento de la FP.

La desaparición de la llamada FPI, que proporcionaba un sendero formativo aplicado a partir de los 14 años, al extenderse hasta los 16 años el modelo de la comprensividad (mismo itinerario formativo para to-

dos), dio lugar a la creación del caldo de cultivo sobre el que se asentó, en las décadas siguientes, el estancamiento del abandono educativo temprano en los altísimos niveles en que se ha mantenido hasta hace poco más de una década, por encima del 30%. En todos esos años, la proporción de jóvenes que cursaban educación secundaria superior en la modalidad de bachillerato multiplicaba por tres la de quienes cursaban la opción equivalente de FP. Esa diferencia en las proporciones se reproducía luego en la enseñanza superior entre quienes optaban por la Universidad y quienes lo hacían por la FP Superior. Y en el camino se quedaban una proporción muy alta comparativamente, la mayor de la Unión Europea –en la tierra de nadie del abandono educativo.

#### Pésimas transiciones

Además, estos desajustes dan lugar a unas pésimas transiciones entre la educación y el empleo, con dos facetas principales. Una, muy obvia, la de los "descolgados" de la formación, quienes abandonaron temprana-

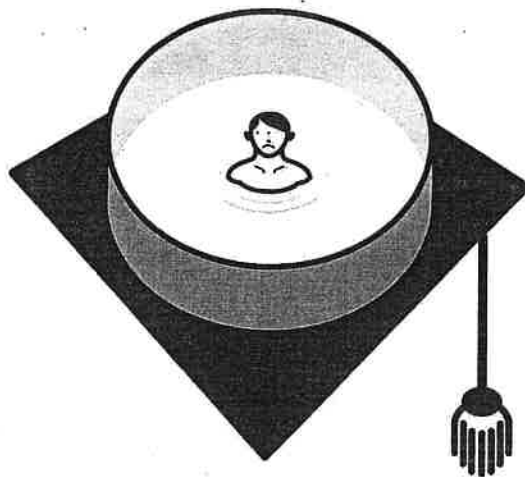
mente la educación. Pero también pesa, aunque sea menos obvia, la de quienes escogieron un camino inapropiado en las siguientes etapas.

Esto lo vemos con mayor claridad en el grupo de edad post-juvenil; es decir, de 25 a 29 años. En ese grupo, de acuerdo a la EPA del primer trimestre de este año, se registra una tasa de paro del 24%, un 50% por encima de la media (16%). Cuando lo descomponemos en función del nivel educativo alcanzado, vemos con claridad el efecto tanto del abandono educativo temprano, con cerca del 40% de paro entre quienes tienen como máximo el título de la ESO, como del camino seguido en la secundaria post-obligatoria para quienes detuvieron su formación en esta etapa: 33% de paro entre quienes titularon en Bachillerato y 23% entre quienes lo hicieron en FP de Grado Medio.

Pero quizá lo más interesante es que quienes siguieron el camino de la formación superior (que en este grupo de edad son el 57% de las mujeres y el 44% de los hombres) tienen desde luego una empleabilidad mayor (17% de paro), pero su nivel de protección frente al desempleo es relativamente limitado: 184.000 de los 501.000 parados entre 25 y 29 años tienen estudios superiores. Este dato es un exponente claro de los desajustes entre formación y empleo por haber escogido una modalidad o una especialidad de formación superior de escasa empleabilidad. Y ese no es el único problema. Como revelan los estudios de inserción laboral de los titulados universitarios, entre los universitarios ocupados hay una altísima proporción de subempleo y de desajuste entre lo que se ha estudiado y aquello en lo que se trabaja (*field-of-study mismatch*).

Obviamente, no todo el problema del desempleo juvenil tiene que ver con la formación. Pero la formación es un campo sobre el que hay mucha capacidad de actuación en las políticas públicas. Las exploraremos en la segunda parte de este análisis.

Exministro de Educación y embajador ante la OCDE



(S. W. /)